

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL ARENERO DE MAZARRACIN

INVENTARIO

Ni tanto ni en tan breve tiempo como ahora, el hombre había modificado el paisaje. Surgen nuevas vías, barrios enteros, complejos industriales, etc., y la construcción demanda grandes cantidades de materiales. Es el suelo quien subviene tal necesidad, y la geografía periurbana se llena de grandes oquedades, inmensos agujeros que revelan en ocasiones restos arquitectónicos u objetos diversos de valor arqueológico, cuyo examen puede depararnos noticias preciosas respecto a nuestra ciudad y a sus albores, aún hoy más envueltos en subjetividades literarias que desenvueltos en la objetividad científica que corresponde a nuestro tiempo.

He aquí, pues, una tarea para quien quiera contribuir a un mejor conocimiento de nuestra historia: prospeccionar toda excavación que surja dentro o fuera del viejo recinto. Trabajo que en la constancia y suma minuciosidad encontrará su mérito y eficacia, no exento de dificultades, ya que constructores, propietarios, extractores de áridos, etc., son muy reacios, y no sin razón, a cualquier intromisión. Con respecto a tal, corresponde al prospector vivir en la realidad y salir de ese mundo a veces sin reloj, para entrar en aquel otro donde se mide el tiempo en «vencimientos» y así, antes de actuar, en vez de rasgarse las vestiduras al son de lamentos culteranos y enjuiciar mal a quienes ven las cosas desde posiciones distintas, valorará el interés cultural del hallazgo, a la par de ponderar con la misma objetividad las consecuencias económicas y sociales, amén de las molestias públicas y privadas que su actuación pueda acarrear. Muy importante, importantísimo diría yo, es la ponderación propia en lo que se refiere a agilidad y posibilidades, tanto en el ámbito oficial como particular, ya que la valoración inadecuada es motivo casi siempre de la conservación de paredones molestos y sin valor, de excavaciones arqueológicas inconclusas, etc., que pueden interceptar la actividad individual o ciudadana, siendo motivo, no sola-

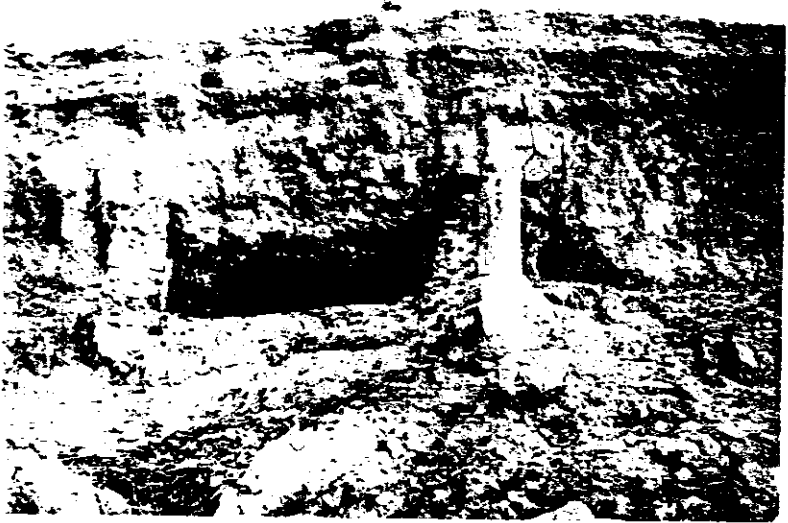
mente de daño al prójimo (razón suficiente por sí a la hora de decidir), sino causa de la impopularidad que a veces acompaña a la actividad arqueológica y, lo que es peor, de la destrucción interesada de yacimientos de valor, ordenada y prevista de antemano por algunas empresas constructoras. Así fue víctima de esta acción sistemática otra posible villa romana en las proximidades de Azucaica.

Lo anterior nada tiene que ver en absoluto con el desarrollo de la acción que, acompañado de mis hijos, he llevado a cabo en el arenero de Mazarracín durante años para reunir las piezas objeto del presente inventario, ya que todas las visitas realizadas con este fin, lo fueron con el beneplácito del dueño de la finca, quien, me consta, ha tratado con el mismo desinterés propio a los promotores de la excavación científica comenzada no ha mucho en este yacimiento. Valga, pues, de tribuna esta docta publicación de la Real Academia de la Historia y Bellas Artes de Toledo, para testimoniar mi agradecimiento al referido propietario, don Antonio Sáez Montagut.

SITUACION DEL YACIMIENTO

Junto al mojón correspondiente al kilómetro 39 de la carretera de Toledo a Mocejón, una alcantarilla recibe el cauce seco del arroyo de Mazarracín, nombre de la finca por donde discurre. Es ésta una de tantas torrenteras que recogen las aguas pluviales y que han sido excavadas por el tiempo y las lluvias en las terrazas que delimitan al norte el valle del Tajo. Estos arroyos, en las proximidades de la planicie aluvial por donde el río se desliza, se abren en un amplio cono de deyección, donde se acumulan grandes cantidades de arena, de cuya potencia nos ilustran algunas de las fotografías expuestas.

En el depósito correspondiente al arroyo mencionado, entre la carretera y el río, no lejos de aquélla, yacían cubiertos los restos arqueológicos que nos ocupan, hasta que la excavación industrial del arenero los puso de manifiesto. Con anterioridad, en la viña próxima, la existencia de innumerables cascotes que incluían diminutos fragmentos de «terra rubra», denunciaban el emplazamiento histórico de un asentamiento romano.



EXPLICACION Y OFRECIMIENTO

Las piezas expuestas en el presente trabajo no son el total de lo hallado, pero sí las más significativas. Todas ellas han sido recogidas «a pie de zaranda», rescatándolas de la destrucción e inédita pérdida en los montones de residuos gruesos que, procedente del cribado de áridos, se acumulan a lo largo y ancho de la gran oquedad del arenero.

Hasta una próxima ocasión de publicar el resto del material que obra u obre en mi poder, y aventure alguna conclusión acerca del mismo, he decidido mostrar el contenido del presente inventario fotográfico, pensando que tal adelanto puede ayudar a algún estudioso de nuestra historia. Por ello, si así es, quedo a disposición de quienes lo deseen, en la seguridad de que mi casa está abierta para ellos. Igualmente, si alguno de los objetos mostrados son considerados con mérito suficiente, están a la entera disposición del Museo Provincial, a cuya dirección me ofrezco sinceramente.

SALVADOR PACHECO MUÑOZ



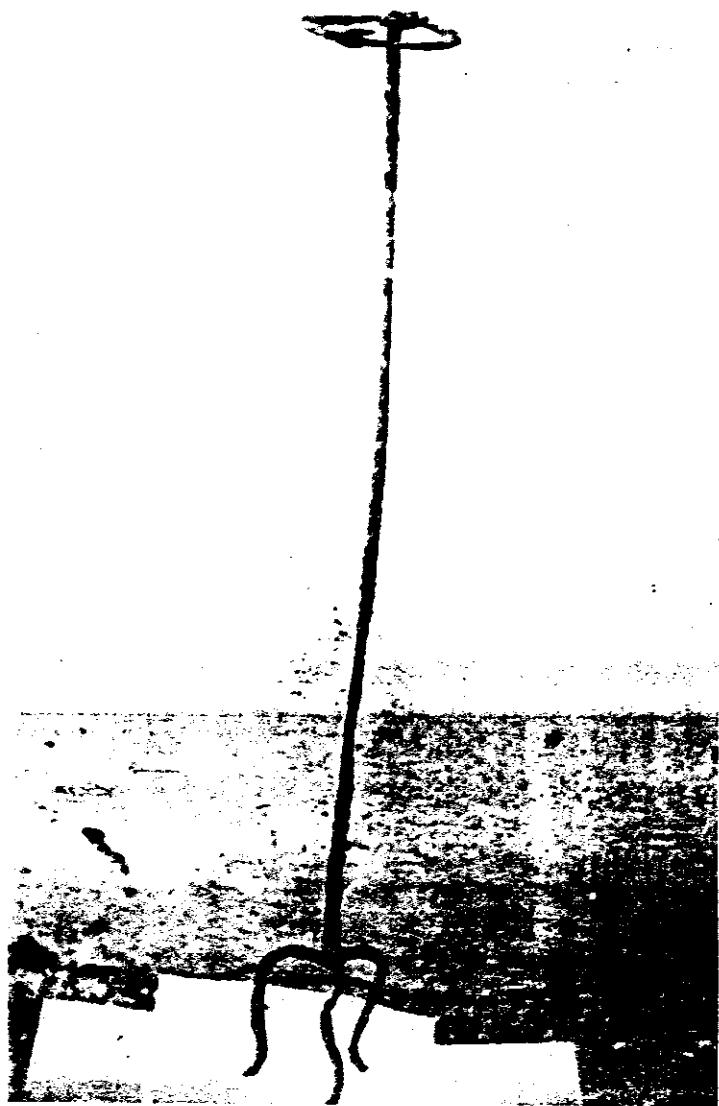
Caliza labrada en la que se aprecia un cuadrante horario. Armado con un nuevo «stilus» que reemplaza al original, víctima de la corrosión, y orientado convenientemente, el reloj marca el comienzo de la hora décima. Sus dimensiones son:
altura, 0,47 m.; antero-posterior mayor, 0,28; ídem menor, 0,21 m.;
transversal, 0,27.



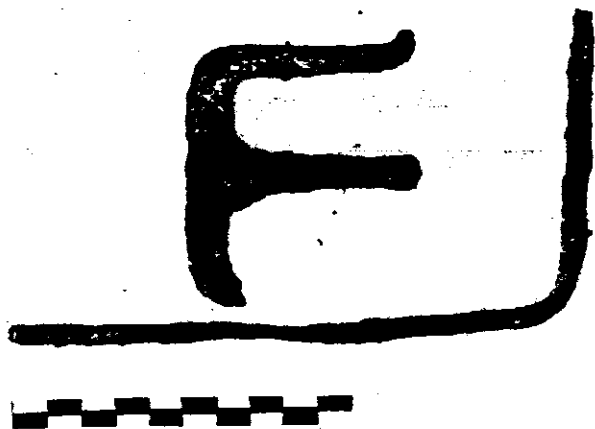
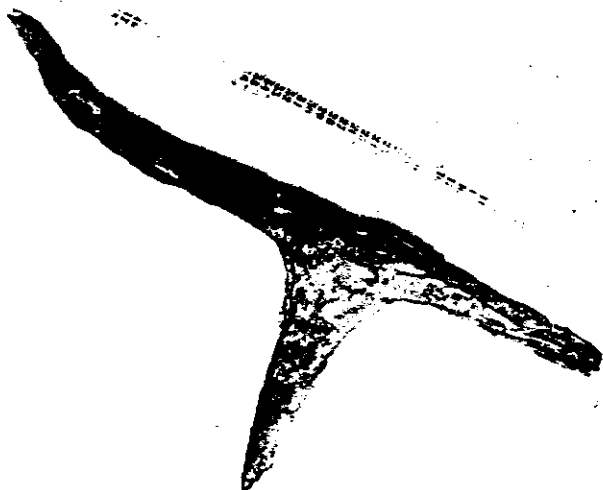
Este fragmento de pintura mural, perteneciente al interior de uno de los habitáculos descubiertos en la primavera de 1978 durante las labores de explotación del arenero es, sin duda, dada la fragilidad del estuco y los medios mecánicos empleados en el laboreo comercial del mismo, excepcional en cuanto a tamaño. Junto a una silueta canina, impresa en un fragmento de tierra sigillata, son únicos ejemplares de representación zoomórfica. En el original, la figura del león aparece pintada en amarillo y el fondo en rojo. Entre los pequeños y múltiples fragmentos de estuco pintado que se acumulan a pie de zaranda, el rojo y el negro son los colores dominantes.



Teja troncocónica semejante en su forma a la actual «teja árabe», si bien de mayor tamaño. La inexistencia de todo vestigio de cubiertas contrasta con la perfecta conservación de los ejemplares de tejas hallados. Tal circunstancia se explica por la presencia de tejas contrapuestas a modo de conducto o albañal en el nivel arqueológico (fotografía superior). Dimensiones: generatriz, 0,675; cuerda mayor, 0,29; cuerda menor, 0,24; grueso, 0,017.



Pieza de hierro en relativo buen estado de conservación. Sus dimensiones son: altura total, 1,130 m.; altura de los pies, 0,150 m.; diámetro del aro, 0,170.



Tres fragmentos de hierro encontrados «a pie de zaranda». El representado en la fotografía superior sugiere una bigornia de largos brazos. En la fotografía inferior, junto a una pieza angular, aparece un fragmento tridente.